EL PROFESOR DE LAS ESCUELAS DE BIBLIOTECOLOGIA  
COMO AGENTE DE CAMBIO EN LA PREPARACION  
DEL PROFESIONAL DE INFORMACION

Saray Córdoba González1 2-1 2

RESUMEN

Este trabajo intenta evidenciar cómo la influencia del positivismo en la formación bibliotecológica, ha producido un profesional tecnicista, acrítico del medio que le rodea y resistente a los cambios que el momento actual demanda. Se analiza las características de ese producto y la necesidad de un cambio. Se concluye sobre lo necesario de un cambio curricular; sobre la reconceptualización de la disciplina y al respecto de un proceso de sensibilización de los docentes que forman a esos profesionales.

INTRODUCCION

Mucho se ha analizado y se ha dicho sobre la urgencia de un cambio en la formación y la práctica del profesional de la información, para enfrentar los retos de nuestro tiempo. Se ha insistido en la necesidad de ser más eficientes y se ha señalado aquellos requisitos que la práctica bibliotecológica debe cumplir para que sea reconocida social y políticamente. Sin embargo, poco se ha analizado sobre las causas de esas deficiencias de manera que a partir de ellas, se pueda vislumbrar posibles soluciones integrales al problema.

No sólo es pertinente revisar cuáles cambios curriculares se debe realizar, porque ¿qué hacemos con un currículo perfectamente diseñado, si su operacionalización queda en manos de personas que no tienen la claridad necesaria de la

1 Profesora e investigadora de la Universidad de Costa Rica, en la Sede de Occidente

2 La autora desea agradecer a los Profs. María Inveth Barrantes Rodríguez y Eval Araya Vega, profesores de la Sede de Occidente, de la Universidad de Costa Rica, por sus magníficos aportes a este estudio.

Revista AIBDA. vol. XVIII, No. 1, enero-junio de 1997. p. 3 a 13

Revista AIBDA - Vol. XVIII - No. I - enero-junio 1997

imagen objetivo que pretenden alcanzar, o que no han logrado aplicar los métodos adecuados para lograr esa imagen?. Pero más grave aún es cuando estas personas no son concientes de las funciones que esos profesionales van a cumplir en la sociedad y, concretamente, se cae en un pragmatismo dañino que afecta todos los agentes de la profesión: los docentes, los usuarios y los profesionales mismos.

Voy a intentar analizar una de las causas de esta situación que a mi juicio, es la más importante: Las raíces positivistas de la profesión bibliotecológica y sus consecuencias a lo largo de muchos años de práctica profesional. Sobre esta base, trataré de definir qué tipo de cambio y para qué lo requerimos y quiénes han de ser sus agentes.

ANTECEDENTES

En la producción escrita del campo bibliotecológico, existe poca reflexión política sobre la profesión. ¿Quiénes somos?, ¿qué hacemos? ¿por qué lo hacemos? ¿en qué contexto efrecemos nuestro quehacer? ¿a cuáles intereses respondemos o servimos?. Son preguntas que se han ido relegando. Es más común encontrar otros enfoques: ¿cuál software ha provocado mejores resultados en las bibliotecas?, ¿cómo ser más eficientes en las unidades de información?, ¿cuáles técnicas de análisis y síntesis se usan?, ¿cómo se indiza o cuáles códigos son más usados?, y más recientemente, ¿cómo lograr que nuestra biblioteca se convierta de la noche a la mañana en virtual?. Tal como lo expresa Dick (1995, p. 222) nos hemos concentrado más en los instrumentos tales como documentos, índices y resúmenes, a expensas de los sujetos, tales como autores, indizadores o usuarios.

El menosprecio hacia la teoría y como consecuencia, un débil uso de ella, la poca investigación que se realiza en el campo, la preeminencia de las reglas y normas en detrimento del papel que se le asigna al usuario y una actitud de prio- rización en la acumulación y el resguardo, más que en facilitar el acceso a la información, son síntomas que nos han caracterizado. Consecuentemente, encontramos entonces a un profesional que presenta ciertas características y que son motivo de queja constante:

* con poca capacidad de negociación para enfrentar a aquellos que toman las

decisiones, tanto para conseguir recursos, como para definir políticas,

* con escasa comprensión del significado del usuario, sea éste del tipo que sea,
* con pobre autoestima, salarios bajos y escaso reconocimiento social y laboral,

4

el profesor de las escuelas de bibliolecología

- con poca comprensión de su papel educativo y de los instrumentos y estrategias que puede utilizar para fomentar el uso de la información, con una visión muy restringida de la ciencia y el conocimiento que se refleja en la aplicación errónea de los instrumentos que comúnmente usa.

Producto de esa situación, entre otros, encontramos que la profesión ha visto disminuida su demanda; solo en Estados Unidos se cerraron 15 programas de enseñanza entre 1978 y 1994 (Cronin, 1995, p.46) y varias unidades de información se han cerrado o se ha reducido su personal sensiblemente.

Las causas de esta crisis se han señalado poco pero los remedios han proli- ferado. Entre las soluciones, se puede encontrar las que abrazan la filosofía de la calidad total como salida a la situación de crisis en que se encuentra la profesión (Arboleda (1996) y Ponjuán (1996)). Se plantea la necesidad de aplicar un nuevo modelo de gestión, el cual exige cambios en la formación del profesional quien debe asumir una posición de liderazgo para enfrentar la competencia que se le avecina. Tal como lo plantea Arboleda (1996, p.24) “Ignorar o no aplicar el concepto de calidad total es una de las razones por las cuales muchas bibliotecas han perdido sus usuarios y su justificación”.

Por otro lado, Cronin (1995, p.60) es más agresivo al analizar la situación que se presenta en los Estados Unidos, pues recomienda una agenda que incluye:

1. La separación progresiva de los programas de bibliotecología y ciencia de la Información, en dos sistemas distintos, en el caso de que las actuales escuelas no eliminen sus actitudes disfuncionales y su retórica monotética.
2. Apoyo para la noción de ciencia de la información como un “Interconcep- to”, tal como lo define Wersig (1992)
3. Reclutamiento agresivo pero selectivo, de profesores y conceptos de otros campos.

Esta propuesta implica cambios conceptuales que son más profundos que los que comunmente se han propuesto, por lo que debe valorarse detenidamente, para preveer sus consecuencias. Sin embargo, el mismo autor llama la atención acerca de la urgencia de poner en práctica estas medidas, con tal de evitar la caída hacia una “semi-profesionalizacción”, propia de las escuelas comerciales o parauniversitarias.

5

Revista AIBDA - Vol. XVIII - No. 1 - enero-junio 1997

Por su parte, Havard (1994) pugna por una educación apropiada en bibliote- cología y ciencia de la información, en el sentido de que ésta debe adecuarse a las características de las regiones o países. Este autor -analizando la situación africana-propicia la aplicación de distintos niveles en la formación de tales profesionales, para responder a los diferentes niveles de desarrollo, dados los contrastes existentes en los países subdesarrollados.

Otras autoras, tales como Buttlar y Du Mont (1996, p.59) proponen atender cinco áreas en la formación de los especialistas en información, para responder a los requisitos que necesita el campo:

1. Amplitud en el curriculum y la tecnología educativa para ampliar el campo de acción de los estudiantes.
2. Poner gran atención al entorno externo (gubernamental, legal o desarrollo internacional) que afecta las instituciones en las cuales trabajarán los futuros profesionales.
3. Reconocimiento de la orientación hacia el servicio que tiene la biblioteca y de sus implicaciones.
4. Integración al currículo de áreas transversales.
5. Reforzar las destrezas interpersonales y de comunicación.

Estas recomendaciones fueron extraídas a partir de un estudio realizado con 736 alumnos de nivel de maestría en una universidad estadounidense. De él se desprende, entre otras conclusiones, que las destrezas técnicas no necesariamente significan que una persona tenga las características de comportamiento apropiadas para tener éxito en un trabajo dado (Idem.). También precisaron que hay un deterioro en aquellas destrezas relacionadas con la comunicación e interacción con los jefes y particularmente, aquellas que tienen que ver con la actitud hacia el cambio; derivándose una actitud conformista en los profesionales que prefieren mantenerse en sus rutinas de trabajo, antes que asumir una actitud abierta hacia la actualización y el aprendizaje continuo. Es muy significativo que tres de las cinco recomendaciones que estas autoras apuntan tienden hacia el reforzamiento de las características humanísticas de la disciplina.

Es interesante observar cómo la crisis en la formación de los profesionales de la información sobresale en todos los países, sin distinciones. Tanto los países ricos como los pobres presentan problemas, unos en unas áreas, otros en otras; unos más y otros menos, pero todos van en busca de soluciones. Sin embargo, es igualmente importante valorar las causas de los problemas, para encontrar las so

el profesor de las escuelas de bibliotecología

luciones más adecuadas. ¿Qué se ha hecho? y ¿cómo? son preguntas cuyas respuestas nos pueden llevar a dilucidar el problema; en ese sentido, es importante echar una mirada a las objeciones que anteriormente citábamos.

EXPLORANDO LAS CAUSAS: SOBRE EL POSITIVISMO

La fuerte tendencia a una formación tecnicista, caracterizada por el uso y adoración de reglas, formatos y normas, o por la acumulación y cuidado de la información, tiene un respaldo teórico-filosófico que es compartido por otras ciencias afines; nos referimos al positivismo. La influencia de esta corriente en el curso histórico de la bibliotecología ha sido analizada ya por varios autores. Esta consiste principalmente en trasladar el método de las ciencias puras a las ciencias sociales y se concreta en varias situaciones observables. La existencia de leyes y teorías dentro de las que se debe enmarcar los eventos individuales, es incuestionable para muchos de nosotros, pues hemos crecido y desarrollado a la luz de los enfoques positivistas. Ha sido tal la influencia de esta corriente que a veces nos parece acientífico o indigno aceptar la ausencia de una hipótesis en una investigación, por ejemplo. Por ello, no siempre somos concientes de las consecuencias ulteriores que esa formación centenaria nos ha traído.

Según Radford (1992, p.412) la visión positivista de la biblioteca estructura su papel en términos de dos ideales: acceso y neutralidad. El contenido de los documentos que la biblioteca atesora no interesa; el bibliotecario -en el sentido tradicional del término- se mantiene aséptico en relación con ellos, pues solo interesa como objeto que es manipulado con fines de acceso, el que no siempre se logra. Por otro lado, la neutralidad se manifiesta en relación con el conocimiento que la biblioteca clasifica y hace accesible. Así, se percibe la biblioteca como una institución fría, mecánica o sin emociones, cuyo producto es valorado en términos de cuánto éste se adecúe a las reglas existentes. Igualmente, la relación entre el bibliotecario y el usuario se deshumaniza, pues “el sistema bibliotecario está principalmente relacionado con el conocimiento (su adquisición, clasificación y recuperación) y solo marginalmente con los usuarios y sus problemas” (Idem., p. 413). Esto ha provocado que los usuarios hayan percibido al bibliotecario como una persona severa y prohibitiva, que tiene una hostilidad latente y por ello, citando a Swope y Katzer, los usuarios a menudo indican que la ayuda del bibliotecario es buscada como un último y desesperado recurso (Idem.).

7

Revista AIBDA - Vol. XV1I1 - No. 1 - enero-jimio 1997

Por su parte, Dick (1995, p.226) analiza cómo la objetividad y la neutralidad han llegado a ser ideales muy importantes en la educación bibliotecológica. Coincide con Radford al señalar las mismas características y acota, además, la ambigüedad existente en la disciplina, al no vislumbrarse una identidad para ella ni una ubicación definida dentro de las ciencias sociales.

Implícitamente, Cronin (1992, p.57) señala los límites que tiene esta profesión, al destacar que la bibliotecología (Librarianship) “es una actividad profesional (...) cuyas actividades intelectualmente más avanzadas son la indización, la clasificación y la catalogación”. Acota entre otras críticas, la fetichización de la biblioteca como institución que da nombre a la disciplina, a pesar de que mucho de lo que hagamos no tenga relación con ella. La bibliotecología asumida como un credo y no como una ciencia y su aislamiento de otras ciencias afines hacen que evolucione hacia una vocación más que hacia el fortalecimiento como disciplina (Idem. p.52).

Sumado a lo anterior, encontramos que los docentes, al no ser plenamente concientes de esta situación, reproducen este tipo de actitudes con conductas similares. Cronin (Idem., p. 54) aduce que “pocos profesores de bibliotecología y ciencia de la información generan bites de multimedia, demandan en las columnas de los periódicos o se sientan en los comités que incluyen a los que cambian, sacuden o dan forma al futuro de la información nacional”, refiriéndose a la situación que existe en los Estados Unidos, pero ¿podríamos encontrar alguna diferencia con la situación que se presenta en el resto de América?.

Estas consideraciones justifican una reconceptualización de la Bibliotecología y Ciencia de la Información en varios ámbitos, lo cual implica un cambio en lo sustancial de la disciplina, no en lo accidental. Tal como lo argumenta Cronin (1995, p. 52), “la membrana ha llegado a ser central” y por ello, es necesario que la sustancia intelectual sea la que guíe lo que nosotros enseñamos y pensamos. Más concretamente, la situación justifica un cambio que debe traducirse no sólo en reformas curriculares, sino también, en un proceso de sensibilización de los docentes que las operacionalizarán. Y es aquí donde debemos analizar al docente como agente para el cambio, lo que haremos más adelante.

CAMBIO, ¿PARA QUE?

Más importante que precisar cuáles cambios debemos realizar, es determinar hacia donde tenderán esos cambios, o cambios para qué. Por otro lado, quié

el profesor de las escuelas de bibliotecología

nes son los sujetos de ese cambio, dado que la responsabilidad no puede recaer en una sola persona o en una institución.

Si pretendemos partir desde lo radical debemos detenernos a discutir cuáles funciones cumplen los profesionales de información en la sociedad. No podemos negar que existe una función social por cumplir, pero también es preciso observar que tenemos bajo nuestra responsabilidad una función política y otra económica; por ende, nuestra profesión no es neutral ni accesoria. En ese sentido, es incuestionable que constituimos una profesión de servicio, no restringido a un agente de “justicia social” o un sacerdocio, como irónicamente lo denomina Cro- nin (1992), sino como educadores, capaces de crear conciencia sobre la importancia del uso de la información en una sociedad carente de ella y caracterizada por el menosprecio de los medios escritos. Esa función social dista mucho de aquella concepción del bibliotecario como guardián, para acercarse a la de un promotor de la cultura de uso de la información.

De aquí se deriva nuestra función política pues nos enfrentamos a una cuestión de poder. Evidentemente, intensificar el uso de la información nos conduce al conocimiento y el conocimiento es poder. Foucault, citado por Dick (1992, p.229) acota que “la constitución de un campo específico de conocimiento es un acto político que simultáneamente configura un campo de ignorancia”; esto quiere decir que toda acumulación de conocimiento -como lo es la biblioteca- es un centro de poder. La biblioteca como institución determina unilateralmente la forma en que se ordenan los textos o formatos que contienen el conocimiento, con lo cual controla el acceso al conocimiento, evitando la creación de nuevo conocimiento. De aquí que el bibliotecario, aun cuando no posea intelectualmente el conocimiento, lo controla y en el fondo lo administra, restringe su uso o lo facilita, con lo que al fin y al cabo, tiene la alternativa de concentrarlo y poner trabas a la generación de nuevo conocimiento, a partir de su labor que debe ser siempre educativa. Su función política consiste entonces en romper con la hegemonía que implica la concentración de información, intensificando su uso para lograr una verdadera democratización del conocimiento y consecuentemente, un mayor desarrollo del usuario y de su contexto socio-político.

Por último, la función económica consiste en facilitar el acceso a la información como apoyó a la producción. Consecuentemente, el profesional de la información, por ejemplo, podría estar favoreciendo un aumento en la producción agrícola -como es el caso que nos ocupa en este evento- al facilitar el acceso a los productores, grandes, pequeños y medianos. Por ello debemos ser disemina- dores de información antes que ordenadores y controladores de ella.

9

.Revista AIBDA - Voi. XVIII - No. 1 - enero-junio 1997

Reconocer la existencia de estas funciones es fundamental para comprender hacia dónde se debe encauzar el cambio. Sin embargo, pocas veces nos cuestionamos nuestras funciones y aún más, ignoramos cuál es la cuota de poder que asumimos en la sociedad. Ello se debe precisamente a la formación tecnicista que hemos recibido, la cual nos impulsa a aceptar como válidas y naturales las funciones que ejercemos mecánica e irreflexivamente.

LOS RESPONSABLES DEL CAMBIO:

¿QUIENES SON?

Ante esta situación vale preguntarnos, ¿cuál es el papel que cumple el docente? ¿es él o ella el único responsable de gestar el cambio? ¿es apropiado hablar del docente como agente de cambio? Tratando de responder a estas interrogantes voy a revisar algunas incursiones que sobre este tema se han realizado en otras disciplinas, que han sufrido crisis homólogas a la que padecemos actualmente. El caso del trabajo social, como una profesión que ha cuestionado profundamente su quehacer, puede ayudarnos.

Palma (1985, p.48) aclara que “los profesionales influyen sobre ciertas realidades que condicionan las iniciativas que, en pro o en contra del cambio, se impulsen a otros niveles; dependiendo de las orientaciones que los profesionales impongan a esas condiciones, ellos pueden, indirectamente, facilitar o no facilitar las decisiones por el cambio”. Quiere decir que el profesional por sí mismo no es capaz de lograr un cambio en la realidad, sino que median allí varias condiciones. Se deduce entonces que un docente, como un profesional que es, no puede solo facilitar siquiera el cambio, si no varían otras condiciones que también afectan la realidad.

Por su parte, Manrique (1982, p.157), refiriéndose al mismo tema, advierte que “la participación de un agente de cambio se limita solo a promoverlo, sin concurrencia de su parte en la acción” (se refiere a la acción social). Con sus palabras ratifica la participación del profesional como ayudante en un proceso de cambio, pero no como único responsable.

De esta forma, podríamos variar los términos y hablar de agente para el cambio, aclarando con ello que no será el único sujeto que intervenga en ese proceso. Por otro lado, es indispensable que el sujeto facilitador sea conciente de la necesidad del cambio que va a promover. Es por ello que, a la par de las reformas curriculares que se diseñen e impulsen, y las que implican compromiso ins-

el profesor de las escuelas de bibliotecología

titucional, es indispensable desarrollar un proceso de sensibilización en los sujetos que se encargarán de operacionalizarlas. Va más allá de una preparación técnica; también implica un proceso de convencimiento sobre el qué y para qué del cambio y además, se requiere la capacitación sobre cómo lograrlo en la práctica docente.

Por ello, la reforma curricular no es suficiente, tampoco los cambios cosméticos que nos lleven a acciones inconstantes y revertibles. El cambio debe ser integral y llegar hasta las bases teórico-filosóficas que sustentan el quehacer profesional, de manera que hasta donde sea posible, se logre el consenso sobre la re- conceptualización que subyace de la disciplina. Tal como lo analicé al principio de mi intervención, se debe tomar en cuenta todos los entornos externos (instituciones empleadoras, mercado de trabajo y necesidades sociales, clima legal y condiciones internacionales para la disciplina) pues ellos definirán en gran medida las condiciones de desarrollo que se presenten en el país. La aplicación o alfabetización tecnológica por sí sola no cambiará nada; los problemas de fondo se mantendrán aunque varíe la forma en que procedemos para hacer accesible la información; la ineficiencia y la desmotivación se mantendrán si no impulsamos una reforma integral.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Analizando las posibles causas de los problemas que enfrenta nuestra profesión en la actualidad, podemos observar que los retos que enfrentamos son complejos y numerosos. No es posible eliminar de un plumazo tantos años de teorías y prácticas que nos han cobijado, guiando nuestro quehacer. Sin embargo, urge hacer algo y cuanto antes mejor.

La reconceptualización de la profesión de información y el diseño de un nuevo marco teórico -que ha de ser humanista y holístico- para ella, son aspectos que deben discutirse ampliamente. La conveniencia o no de continuar trabajando bajo un modelo positivista, con las consecuencias que ello trae, es una decisión que debe tomarse antes de emprender cualquier cambio.

Posteriormente vendrá la reforma curricular, para la cual hay múltiples propuestas hechas en diversas regiones, países o contextos, según las características de cada una de ellas. No obstante, es indispensable lograr un consenso previo que defina el marco teórico mencionado anteriormente.

11

Revista AIBDA - Vol. XVIII - No. I - enero-junio 1997

Conjuntamente con esta reforma, es necesario desarrollar un proceso de capacitación y refrescamiento de los docentes, precedido de diversas actividades de reflexión y discusión, como las que se están desarrollando en los “Encuentros de Educadores e Investigadores de Bibliotecología, Archivología, Ciencia de la Información de Iberoamérica y el Caribe”, que se han venido realizando por tercera vez consecutiva en los países iberoamericanos. Los docentes, junto con los empleadores, los estudiantes y las asociaciones de profesionales, serán los responsables del cambio, aunque no los únicos. Pero en este sentido, los docentes tenemos una gran cuota dentro de ese grupo, pues podríamos llegar a ser los sujetos capaces de romper ese círculo vicioso que se forma, esto es, los agentes para el cambio.

BIBLIOGRAFIA

Arboleda-Sepúlveda, O. 1996 La bibliotecología y ciencia de la información: una perspectiva gerencial. Revista AIBDA, 17(l):21-30.

Bowden, R. 1994. Professional responsibilities of librarians and information workers. IFLA journal, 20(2): 120-129.

Buttlar, L.; Du Mont, R, 1996. Library and Information Science competencies revisited. Journal of education for Library and Information Science, 37(l):44-59.

Córdoba, S. 1994. Cambios curriculares en la formación del especialista de la información. Boletín técnico AIBDA, n. 20:9-13.

Cronin, B. 1995. Shibboleth and substance in North American Library and Information Science education. Libri, 45(:45-63.

Dick, A. L. 1995. Library and Information Science as a social science: neutral and normative conceptions. Library Quarterly, 65(2):216-235.

Foucault, M. 1981. Un diálogo sobre el poder. Madrid : Alianza.

Havard, W. P. 1994. Apropriate education for Library and Information Science. Libri, 44(1): 14-27.

Manrique Castro, M. 1982. De apóstoles a agentes de cambio. Lima : CELAIS.

12

el profesor de las escuelas de bibliotecología

Palma, D. 1985. La práctica política de los profesionales: el caso del trabajo social. Lima: CELATS.

Ponjuán Dante, G. 1996. La gestión de la calidad total en la educación bibliote- cológica. Encuentro de Educadores e Investigadores de Bibliotecología, Archivología y Ciencia de la Información de iberoamérica y el Caribe (3o.:Puerto Rico:1996). Documento de trabajo D, no. 2A.

Radford, G. P. 1992. Positivism, Foucault, and the fantasia of the library: conceptions of knowledge and the modern library experience. Library- Quarterly, 62(4):408-424.

13